



**Guillermo Orsi, *Fantasmas del desierto*, Córdoba, Almuzara, 2014, pp. 310.**

Con *Fantasmas del desierto* (2014), el narrador argentino Guillermo Orsi continúa su recorrido literario por la dantesca realidad argentina y su acuciante estado de corrupción institucional y decadencia ética jalonado anteriormente por *Sueños de perro* (Umbriel, 2004), *Nadie ama a un policía* (Almuzara, 2007) o *Ciudad santa* (Almuzara, 2009). En la línea de escritores neopoliciales argentinos como Ernesto Mallo (*El policía descalzo en la Plaza San Martín*, 2011) o Mempo Giardinelli (*Luna caliente*, 1983), esta generación narrativa tendrá como nota predominante la aparición de un acusado componente político y una incendiaria denuncia social haciendo uso del discurso policíaco, y su inherente conexión con los conflictos sociales y económicos a pie de calle, como inmejorable vehículo expresivo.

En este caso, el investigador protagonista es Pablo Martelli, alias Gotán: un ex agente de la policía estatal argentina abjurado del cuerpo por negarse a colaborar en la caza y tortura, cuando no en la muerte, de disidentes represaliados por el régimen dictatorial de Jorge Rafael Videla tras su irrupción en el poder en 1976. Subsistiendo desde entonces como vendedor de sanitarios (obsérvese el valor metafórico de dicha ocupación en una persona que se dedica ocasionalmente a contribuir, en lo posible, a hacer de su país un lugar más limpio), le llega el recado de colaborar en la resolución de este caso.

A Martelli le acompaña la agente Solanas, una atractiva federal con una incipiente carrera en la policía que es hija de un buen amigo de Gotán (Jerónimo Solanas). Residente en una peligrosa barriada del extrarradio, se ve impelida en cada nuevo caso criminal por el ansia de vengar la muerte de su padre, caído en acto de servicio en mitad de una redada policial contra un grupo narcotraficante: investigación todavía con muchos interrogantes por desvelar y que arrastra una larga sombra de venalidad policial.

El triángulo de protagonistas lo completa Arriaga: un antiguo compañero de Martelli que, tras optar, en este caso, por el colaboracionismo con el régimen, y después de años de carrera a la sombra del estamento político como encargado de la cara oculta de la actividad parlamentaria (chantajes, extorsiones e incluso torturas), ha sido aupado al puesto de comisario general y se codea con las élites

que carcomen las instituciones públicas argentinas (recogidas por Orsi bajo el satírico apelativo de «palacio de la risa»).

En lo que a la trama se refiere, la investigación arranca con la aparición de un vídeo en el que se presencia el asesinato por la espalda de una menor indefensa a manos de un hombre en una lujosa urbanización de la capital bonaerense. Martelli y Solanas son convocados para esclarecer el delito y localizar el cuerpo de la niña (enterrado en las inmediaciones de la misma) por su propietario, un enigmático y adinerado constructor llamado Manuel Galván Ontiveros con el que solo se pueden comunicar vía satélite. A partir de ahí, la investigación se irá enrevesando cada vez más hasta traslucir un macro proyecto empresarial dirigido por Ontiveros y su socio Saluzzi, a la sazón los dos constructores más poderosos del país, para construir en pleno desierto argentino (en las inmediaciones de Villa del Rosario, provincia de Córdoba) un entramado subterráneo de cárceles para criminales de guerra condenados por Estados Unidos con cofinanciación norteamericana y la supervisión de las fuerzas de inteligencia estadounidenses. Una suerte de «Guantánamo gauchesco» camuflado de cara a la opinión pública detrás de la edificación de una infraestructura minera para la extracción de oro y plata, y que tiene en el asesinato con el que comienza la novela su primer eslabón de una cadena de coacciones a favor de la obra.

Pero en Orsi, como en la mayoría de los autores de su generación, la investigación es el pretexto, el mecanismo desencadenante de una acción que, ubicada sobre la metáfora Argentina = campo de batalla, va cuarteando a su paso, con un pulso narrativo seco y cortante heredero de Chester Himes o Jim Thompson, el decadente sistema de intereses enfrentados y corrupción galopante que atenaza al país sumiéndolo en un estado de crisis permanente.

Desde una inmensa mayoría social subestimada y en nada representada por un estamento político subordinado en materia económica y diplomática a Norteamérica en busca de intereses personales o una reducida oligarquía financiera en posesión plenipotenciaria de los recursos energéticos y naturales del país a favor de sus propios monopolios, hasta unas clases judicial y policial dedicadas a trabajar al mejor postor o una jerarquía eclesiástica garante (e incluso practicante) de la degradación moral dominante, la novela de Orsi remueve con decisión los cimientos del *establishment* argentino por medio de un estilo subversivo, si bien trufado de desencanto y derrotismo, no exento de un ácido humor negro. Y todo ello en un relato plena y conscientemente identitario, como demuestra su prosa aquilatada y rebosante de argentinismos, aunque, del mismo modo, perfectamente conscientes del mundo globalizado en el que se mueven y sabedores de que el crimen se ha convertido en un inevitable agente

institucionalizado ante el que la justicia tiene las manos atadas, los relatos de estos autores rebasan las fronteras del ámbito argentino arrojando una denuncia de carácter universal y con un marcado componente progresista.

***Diego Ernesto Parra Sánchez***